

DESCUBRIMIENTO DEL TEMPLO ROMANO DE VICH EN 1882

Noticia hallada entre los papeles de este autor que fué publicada después de su muerte en GAZETA MONTANYESA, núms. de 26 y 28 de junio de 1907.

Nadie soñaba que en las paredes que constituían el *Castillo de Montcada*, construido en uno de los sitios más céntricos de las calles de Vich hubieren tenido parte los romanos, pues si bien no olvidaba yo haber leído en Galadies y Salarich que en otro tiempo había sido el *Castillo de Hércules de los cartagineses*, especie que no había oído mentar a ninguno de mis amigos, no daba a este aserto gran importancia por ignorar que se apoyase en fundamento sólido, ya que estos autores lo callaban. Tanto es así que al presenciar con ellos su lenta ruina, mientras perteneciendo al Estado, en calidad de edificio de propios comunales de que años hace se apoderó el Gobierno y abandonado por este, servían sus despojos al municipio para reparar desperfectos de otros edificios pertenecientes al Ayuntamiento; veíamos con disgusto desaparecer aquellos muros que nos inspiraban veneración por los recuerdos de Edad media que atesoraban, sin que se nos antojara darles abolengo más ilustre, pero consolándonos que por este camino tan semejante a lo que por siglos se practicó con el coloso de la ciudad eterna, de cuya masa salieron calles enteras de modernas casas, se tardaría en arrasar tamaña obra y quizás, con el girar de los años, podría atajarse la faena destructora y poner el castillo en su mayor parte a salvo, utilizándolo para servicios públicos, como por ejemplo instalando en él un museo.

Poco tiempo antes de sonar la última hora para esta vieja fortaleza había mostrado como cosa de notoriedad al amigo don José Pellicer de Ripoll y este al fijarse en uno de los ángulos del patio manifestome la opinión de que allí había sillares romanos. Convenimos en ello, pero dejando por sentado que estos no se hallaban en su sitio primitivo y que habían sido aprovechados para la actual construcción, porque ni el ni yo, ni los demás, pudimos descubrir otra cosa en las cortinas de aquel patio recaladas una y otra vez, de forma que las piedras que las componían encubiertas debajo espesa capa de material no dejaban entrever su disposición y por tanto la clase de construcción a que pertenecían tales paredes. El Marqués de Vallgornera que las vió más tarde me confirmó decididamente la idea de Pellicer sin que ulteriormente ocurriese nada que pudiera arrojar luz sobre tan importante materia.

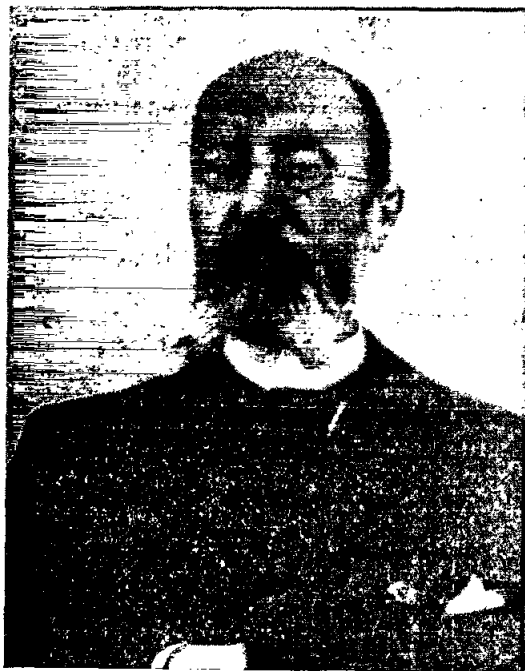
Así se iba escurriendo el tiempo y desmoronándose el edificio, sin que por nadie se opusiese, a ciencia y paciencia de todos, pero no sin algún inútil conato

en ocasión de nuestras funciones civiles, cuando el Estado hubo de acordarse de que había tomado aquello como suyo y lo puso en pública subasta, yendo por fin a parar en poder de D. Miguel Sans y D. José Casals. Los nuevos poseedores al objeto de lucrar su propiedad levantando nuevas construcciones en lugar de las viejas emprendieron desde luego formalmente el derribo del Castillo.

Entonces fué cuando vi perdidas todas mis esperanzas, como no fuese recoger algunos restos de algún interés o carácter si es que los hubiese, puesto que el edificio se significaba especialmente por su totalidad, por su masa y no por sus detalles que parecían nulos. Con este fin hice lo que pude y saqué de él algunos croquis al lápiz que conservo. Con frecuencia acudía a presenciar el derribo dirigido por el maestro de obras D. José Torner, quien doliéndose conmigo de que a tal punto viniese a parar aquel vetusto monumento, me ofrecía estar a la mira de cuanto pudiese interesar a los amigos de las antiguallas. Aunque persuadido de que mis posibilidades no alcanzaban a detener aquella destrucción, adquiriendo por mí propio el edificio, ni siquiera mis entusiasmos a persuadir a mis compañeros a cooperar a semejante empresa, a riesgo de caer en ridículo, hubo de salir fuera lo que me decía el corazón y al hablar a Torner de mis proyectos que en lenguaje corriente pudiéramos llamar posibilistas, hallaron estos perfecto eco en el excelente amigo. El entendía que por algunos, no muchos miles de pesetas, fácilmente pasaría a nuestras manos el edificio, pero ni él ni yo, si dispuestos a grandes sacrificios, podíamos en medio de todo conseguir el objeto. Encontré un día en aquel sitio con don Joaquín de Abadal y debo consignar que participando de nuestros sentimientos los acogió tan bien, que no obstante la desconfianza fundadísima que teníamos de que nuestro común pensamiento no había de ser secundado, como ni siquiera lo intentamos, dejome su asenso que tan felizmente corroboraba el de Torner en situación sumamente diversa que la primitiva en que me hallaba, contribuyendo esos antecedentes a facilitar lo que vino después.

Poco tiempo anduvo y en pleno año 1882 los golpes de piqueta que en el interior habían hecho profundo descalabro junto al arranque de la bóveda del piso segundo correspondiente al lado Norte aparecieron en el fondo unos grandes filetes horizontales labrados en sillares ocultos hasta entonces detrás de la apretada mampostería del siglo XI. A la vista de esto creyó Torner hallarse ante un ejemplar de arquitectura romana y Collell y algún otro conmigo fuimos inmediatamente a examinar el hallazgo, no dudando que efectivamente se trataba de recuerdos del Pueblo Rey. Dicho se está que la novedad nos puso la miel en los labios y la gustamos ya con toda fruición al darnos otra vez noticia el celoso Maestro de obras de que a pocos metros, en el cruce de las paredes interiores del patio, existía un capitel corintio hasta aquella hora absolutamente envuelto en el relleno de los huecos de las bóvedas.

Tan poco prevenidos estábamos para imaginar que aquellos miembros tuvieran representación orgánica actual, que fueren miembros todavía adheridos a un cuerpo en gran parte existente; que acordamos extraerlos con el mayor cuidado y trasladarlos al museo del *Círculo Literario* donde debían conservarse como un tesoro por ser las únicas piedras labradas del tiempo de los romanos que, fuera de alguna



D. José Serra y Campdelacreu

lápida, se conocían en nuestra ciudad. Todo, como se deja contado, con anuencia de los dueños y con el propósito de recoger otros sillares que al par de los citados suponíamos habían servido inopinadamente o sin parar mientes para engrosar, en la edad media, las paredes que en esta ocasión se iban derumbando ante nosotros.

Más la sorpresa llegó a su colmo al observar que debajo del capitel descendía la pilastra brotando de la esquina mientras el desgarró por uno y otro lado del boquete interior de la bóveda, iba poniendo en descubierto la respectiva prolongación de los filetes que al principio nos habían puesto en guardia. La confusión que producía el sillarejo sobre que descansaban aquellas piedras labradas con sencillas molduras, pegado al otro que constituía en su totalidad el edificio de la edad media, no permitía aventurar conjeturas con visos de probabilidad acerca de lo que se presentaba a nuestros ojos, pero no tardó en comprenderse que se trataba de un murado casi sin solución de continuidad entre ambos muros, pero uno muy anterior al otro, resultando a medida que caía la bóveda perfectamente determinado en el

de más remota fecha y bien definido, un arquitrave que lo coronaba y una pilastra que le servía de remate por el extremo oriente. Reconocido el edificio en todas sus partes a favor de esta clave revelonos luego su primitiva estructura general y no tardó Collell, que llevaba reciente el recuerdo de las ruínas romanas, en calificarlo con singular intuición de Templo pagano.

Con todo esto confieso que no sabía lo que en mí pasaba. Veía en ello lo que se dijo de la obra de Pericles *un regalo de los dioses* y veía también que tan pronto lo recibíamos como lo rechazábamos para hundirlo en el abismo del olvido. Sin duda que mis amigos participaban no poco de mi entusiasmo, pero ninguno intentaba tender una mano protectora al monumento cuya pérdida se iba consumando. La faena demoledora no cesaba, y mientras ellos se ocupaban en razonar sobre la importancia y significación del descubrimiento, yo no me preocupaba más que de detener aquella mano invisible y fatal que empujaba la demolición, en la que yo veía un crimen de lesa patria.

Mi buena madre, que gloria haya, se hallaba en Caldes tomando baños; a su lado estaba yo, desocupado de otra cosa fuera de su salud, que de ingeniar un medio como evitar lo que consideraba irreparable catástrofe que había para siempre más de manchar los timbres de nuestra gloriosa generación personificada en el *Esbart* y el *Círculo Literario*, con estigma de eterno baldón ante las gentes que tienen en algo la cultura. Demasiado se había motejado entre nosotros a los demoledores de la antigua catedral en esta ciudad por su desamor al arte y nosotros, sin excusa que alegar, por pusilanimidad, nos disponíamos a proceder peor que aquellos.

Con la idea de volver a Caldes salí para Vich a fin de concurrir como persona oficial a la procesión del Corpus de aquel año, y previa una conferencia con Torner, sobre el precio que se podía pedir por el Castillo de Montcada y la facilidad con que sus dueños se desprenderían de él, presenteme la noche del mismo día a Collell, con el decidido propósito de descargar todo el peso que me oprimía y declararle abiertamente si quería conmigo correr la suerte a que me arrojaba, adquiriendo a nuestra costa propia el edificio; que de otro modo lo haría por mi solo de mi cuenta. — Vengo para proponerte una gran barbaridad — le dije — contigo o sin tí estoy dispuesto a perpetrarla. — Adivino lo que quieres — contestome — y me pongo a tu lado. Le expuse mi plan que en este caso consistía en llamar a la mañana siguiente a Torner, Espona, Abadal, Febrer y Genís, total, junto con nosotros, siete, anunciarles nuestro irrevocable propósito e invitarles a correr nuestra suerte. Convinieron en ella y Torner quedó encargado de las negociaciones, respondiendo los siete de la compra, hasta que asociadas otras personas a los pocos días se organizó la *Sociedad Arqueológica*, en cuyo nombre se adquirió definitivamente la finca, debiendo agradecerse al entonces único propietario D. José Casals, persona amiga de la ilustración, las facilidades que proporcionó a dicha adquisición.

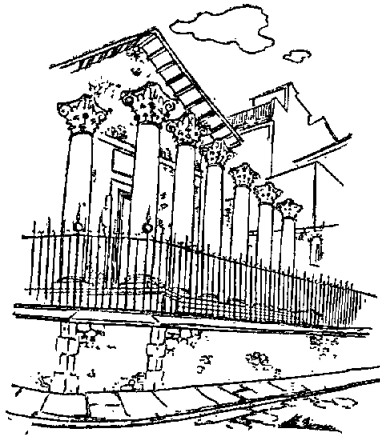
La verdad pues clara y desnuda es que después de señalar Pellícer allí sillares romanos y haberlo confirmado conscientemente Vallgornera, Torner descubrió el Templo, Collell lo clasificó en principio de tal y yo lo salvé para la posteridad. Además yo he dado razón de su existencia y de forma presentida por aquel, y he

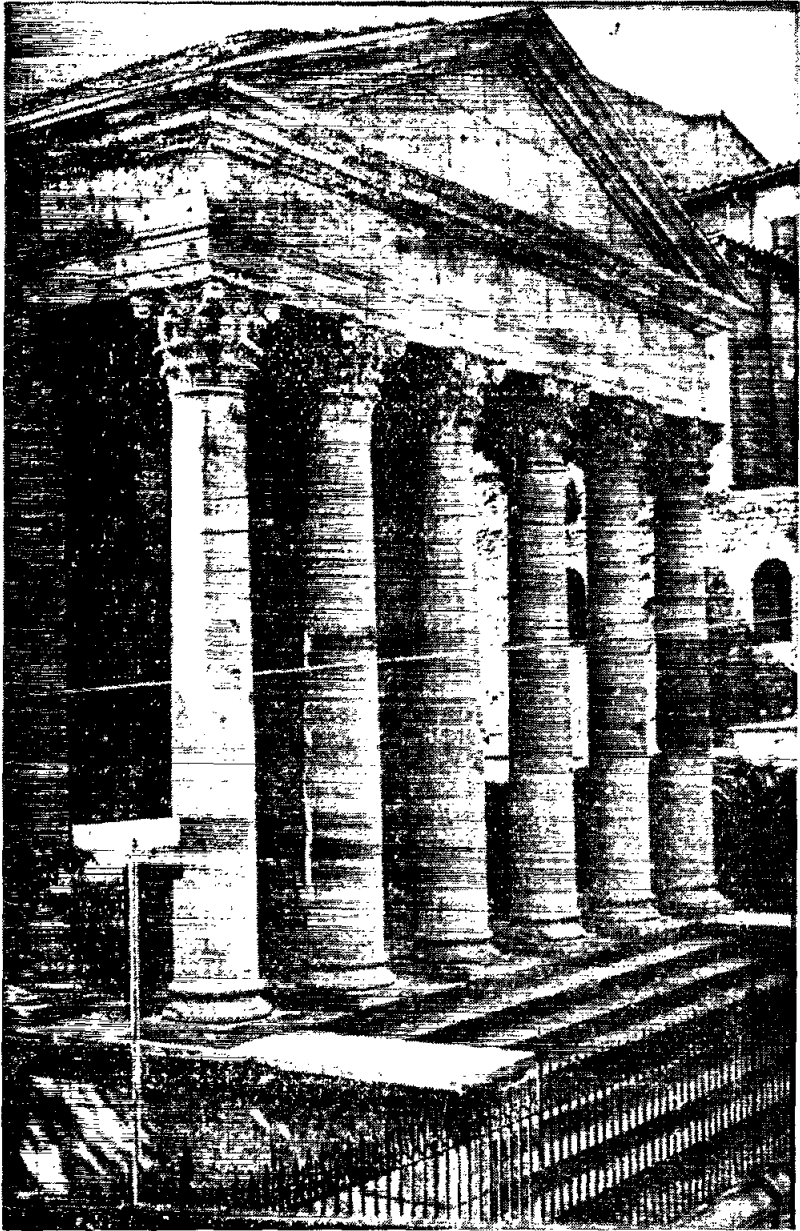
sido el alma de su restauración, auxiliado en uno y otro concepto por Torner, sobre todo eficazísimamente en la ejecución de la obra con su gran desprendimiento y animado con el prestigioso impulso de Collell y por su generosidad sin ejemplo en proporcionar caudales propios a la consecución de tamaña empresa.

Lo que sin mi temerario arrojó hubiera pasado lo ignoro. Tal vez a no abrir yo la boca la hubiera abierto otro. Pero yo puedo asegurar que la mía no pudo permanecer cerrada, porque, así como desaparecieron en aquellos días entre la común inercia más de quince metros cúbicos de muro romano, veía inevitablemente venirse al suelo dentro quince días más todo el resto, sin que hubiere quedado en pié un solo cascajo para contar lo que allí hubo.

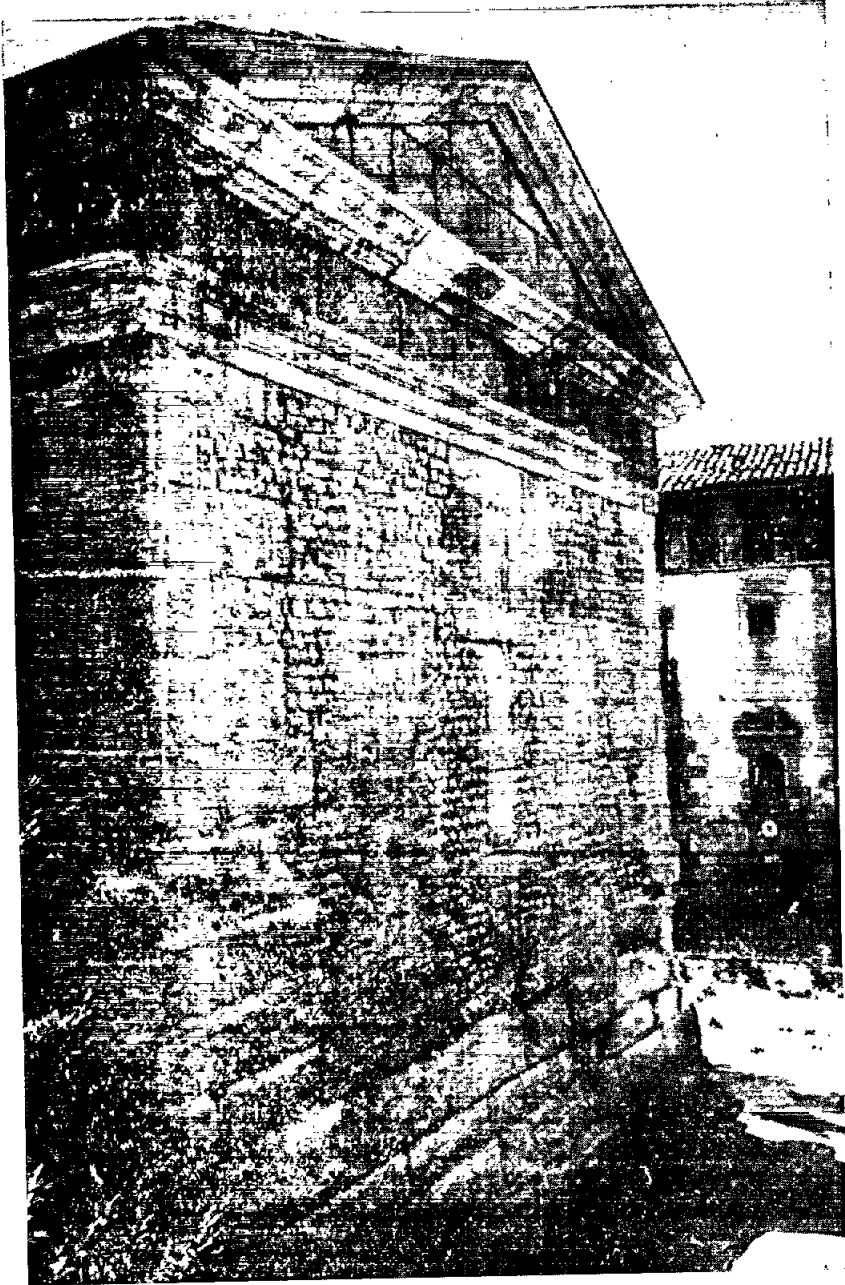
¡Loado sea Dios que me inspiró ese patriótico impulso y me deparó compañeros tan entusiastas y desprendidos en provecho de la Patria!

JOSÉ SERRA Y CAMPDELACREU.





El atrio del Templo Romano con el entablamiento, cornisas y frontón restaurados sobre la columnata.



Parte posterior del Templo Romano
completada en la actual restauración.